

## "¿Quién es dueño de la pobreza?"

**Martin Burt es fundador y CEO de Poverty Stoplight & Fundación Paraguaya**

¿Qué pasa si nos equivocamos sobre casi todo lo que creíamos saber acerca de la pobreza? ¿Qué pasa si las legiones de formuladores de políticas, científicos sociales, economistas, organizaciones benéficas y ONG que marchan por todo el mundo han estado utilizando la estrategia y las tácticas incorrectas para librar la guerra contra la pobreza?

Las opiniones sobre la pobreza han sido objeto de un largo debate, con explicaciones que van desde lo cultural a lo geográfico, y casi todo lo que está entre estos dos temas. En nuestros primeros intentos de definir la pobreza, pensamos en la pobreza como una falta de dinero. Con base en esta comprensión, nuestra solución fue dar dinero para solucionar el problema, que incluía limosnas, transferencias de efectivo condicionadas y (más sinuosamente) economía por goteo.

Cuando se detuvo nuestro avance en la reducción de la pobreza, lo replanteamos. Algunos convirtieron la pobreza de un problema en una oportunidad. Surgieron las microfinanzas. Otros comenzaron a hablar de "pobreza multidimensional", que abarcaba la falta de voz, salud, saneamiento y otros aspectos. Sin embargo, nuestra definición actual de pobreza multidimensional tiene una precarga de dos consecuencias inquietantes.

Para comprender el primero, considere los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de las Naciones Unidas. No hay nada inherentemente malo en pedir que todos trabajen con base en la misma definición y hacia los mismos objetivos. La forma de formular los ODS es la que crea el problema. La causa es que cuando la pobreza de una persona está parcial o totalmente sujeta a fuerzas más allá de su control, negamos la eficacia y la intervención de cualquier esfuerzo individual para superar esa pobreza. En resumen, la definición de la pobreza la

convierte en algo demasiado complejo de resolver. La confianza en los proveedores de soluciones externas está integrada, por diseño.

La segunda consecuencia inquietante de la definición actual de pobreza multidimensional es que las soluciones de las organizaciones de desarrollo se vuelven obsoletas. Las organizaciones de desarrollo, por naturaleza, generalmente se centran en uno o dos temas, a pesar de que a menudo reconocen que hay muchas piezas entrelazadas en el rompecabezas.

Al mismo tiempo, nadie puede dudar de que la pobreza, sin importar su definición, es una amenaza creciente para las instituciones existentes y la causa de mucho sufrimiento innecesario en el mundo.

En este contexto, presento una pregunta engañosamente sencilla: "*¿Quién es dueño de la pobreza?*" Ciertamente no es una idea que hayamos planteado antes, aunque, si reexamina el pensamiento y la práctica del desarrollo a través de la lente de esta sorprendente pregunta, podría concluir que nuestros sentimientos al respecto fueron fuertes, todo el tiempo.

Podría decirse que poseer una cosa comienza con nombrarla. Nombramos territorios, enfermedades y tendencias sociales para incorporarlos a nuestra esfera de influencia. Al nombrar algo, lo reclamamos.

Cuando se trata de quién tiene el poder de nombramiento en cuanto a la pobreza, es casi demasiado obvio indicar que se ha relegado a las personas pobres, tradicionalmente, a una parte silenciosa en la narrativa de otra persona acerca de sus vidas. Son receptores pasivos de la definición y medición de la pobreza hechas por otra persona. Por lo tanto, las personas pobres también quedan excluidas de la sala en donde se toman las decisiones sobre soluciones de pobreza, incapaces de plantear sus perspectivas y prioridades.

La pregunta "*¿quién es dueño de la pobreza?*" surgió lentamente, como una

reacción a una serie de cosas sobre la agenda de pobreza global que consideré realmente desconcertante.

La semilla inicial de la duda fue constatar que la definición comúnmente utilizada de “persona pobre” rara vez parecía alinearse con lo que estábamos viendo en nuestro trabajo como una fundación de apoyo a los microempresarios en Paraguay (*Fundación Paraguaya*). O más bien, no describía *todo* acerca de ellos, como su alegría, creatividad y espíritu emprendedor, o el carácter único de sus experiencias individuales.

La siguiente semilla fue de descontento con lo absurdo de que haya tantos datos sobre la pobreza, pero ninguno que satisficiera las necesidades de las personas pobres. Damos por sentado que los gobiernos y las organizaciones de desarrollo necesitan datos de pobreza para tomar buenas decisiones. Pero rara vez los expertos en pobreza consideran a los pobres como tomadores de decisiones igualmente importantes, a pesar de que todos los días resuelven problemas relacionados con el bienestar de su familia. Por consiguiente, las personas pobres no tienen acceso a la información recopilada sobre sus vidas ni tienen control sobre lo que se hace con esa información ni por quién.

Hay excepciones. Puedo destacar algunas iniciativas prometedoras que están “escuchando las voces de los pobres” a través de la compilación participativa de datos y la investigación cualitativa. Sin embargo, me pregunto si solo estamos escuchando lo que queremos oír y qué sucede con las ideas generadas cuando escuchamos.

Las preguntas que la Fundación comenzó a plantear fueron: ¿Qué pasaría si devolviéramos la pobreza a los pobres? ¿Qué sucedería si pudiéramos encontrar una manera para lograr que las personas pobres planteen sus propias preguntas y creen sus propios indicadores de pobreza? ¿Qué pasaría si pudiéramos recopilar información sobre la pobreza de una manera que entregara los datos relevantes a las familias, para que ellos sean los que planeen e implementen su propio

programa familiar de eliminación de la pobreza?

El viaje continuo de la Fundación para hacer precisamente tiene como señales una serie de descubrimientos interesantes. El primero es que la riqueza de la pobreza se puede encontrar en sus matices. Ningún índice único puede captar adecuadamente las diversas formas en que una familia experimenta la pobreza y la falta de pobreza. El segundo se refiere a la eficacia. Cuando las personas tienen el poder de nombrar su propia pobreza, también se empoderan para hacer algo al respecto, para *eliminar* su pobreza de una vez por todas.

Además, hemos visto familias pobres que se conectan entre sí para compartir soluciones e ideas, en lugar de buscarlas de empleados de organizaciones de ayuda externa. Después de todo, no todas las personas en una comunidad sufren por desnutrición, por ejemplo. Cuando una persona pobre puede identificar a otra persona que supera las adversidades en un aspecto particular de la pobreza, pueden crear redes de aprendizaje horizontales que aprovechan el conocimiento y las soluciones locales. Los pobres pueden ayudarse no solo a sí mismos sino también a los demás.

Podríamos haber comenzado con una pequeña pregunta, pero hemos terminado con algo que es prácticamente una revolución. Mi libro “*¿Quién es dueño de la pobreza?*” es un primer intento de contar la historia de esa revolución.

El libro fue publicado por Red Press, el 3 de septiembre de 2019.